

zar desde su postura de intelectual que pretende estar por encima de todo lo contingente.

El lenguaje utilizado por Rocha es absolutamente nuevo, deslumbrante. Es la suya, según sus propias palabras, una estética de la violencia. Sus personajes gritan, se revuelven. El montaje juega continuamente con oposiciones que producen un impacto, un choque, con frecuencia insoportable. La música se utiliza como un elemento de la misma importancia que la imagen o el diálogo, con un criterio operístico que, evidentemente, nada tiene que ver con lo que de la ópera ha hecho una burguesía que la utiliza como elemento de autocontemplación. En la banda sonora se sobreponen diálogo, música de Verdi y ruido de ametralladoras. En la de imagen alternan escenas íntimas con manifestaciones, primerísimos planos con otros en los que apenas es posible distinguir las lejanísimas siluetas humanas... Nadie, posiblemente, antes de Rocha haya logrado, a través del aparente desorden

expositivo, un tan lúcido análisis de la problemática revolucionaria del tercer mundo, sin complacencia alguna, sin el más mínimo asomo de sectarismo. Ninguno de sus personajes —ni siquiera Sara, la militante— sabe realmente lo que quiere, es consciente del torbellino en que se está dejando arrastrar. No hay, desde luego, «personaje positivo». Rocha sabe más que cualquiera de ellos, es infinitamente más lúcido, y es él quien racionaliza lo que para sus «héroes» transcurre de modo irracional, no exactamente asumido. Entre el fanatismo y la duda sistemática y en el fondo utilizada como coartada, entre los compromisos y los heroísmos gratuitos, los personajes de «Tierra en trance» se mueven, en trance también ellos, en un mundo en descomposición que, desde luego, no son ellos quienes van a arreglar. Rocha no es sólo el autor más importante del «nuevo cine brasileño». Es uno de los más importantes y geniales autores del cine nuevo a escala mundial. ■ C. S. F.

TERENCI MOIX

El Gimferrer de la prosa



Terenci Moix, catalán de 1943... su nombre no es nuevo para nuestros lectores, ni para nadie que siga con atención la gran «renaixença» de los últimos años. Crítico literario y cinematográfico, especialista en el difícil arte de la interpretación, a nivel sociopsicológico, del «comica» y de tantas otras formas «estéticas» propias de la sociedad de consumo, Moix es hoy, a pesar de su juventud, un gran escritor catalán, capaz de enfrentarse con fórmulas inéditas a los más diversos géneros. En el caso que hoy nos ocupa es la novela el medio elegido por Moix para expresarse: «Onades sobre una roca deserta» (Ediciones Destino). Resulta curioso comprobar cómo el más reciente movimiento literario barcelonés se orienta hacia formas remozadas del «modernismo». No debe extrañar a nadie que en el plano de la prosa encontremos en la de Moix un cierto paralelismo con la poesía de Pedro Gimferrer. La fórmula de que Moix se vale es acumulativa —los datos argumentales se suman en cascada—, sin que se altere nunca la brillantez ni la calidad estilística de su relato. La anécdota es, pese a todo, sencilla: un joven, perteneciente a una familia burguesa catalana del Ensanche barcelonés, lleva a cabo un viaje por distintos países europeos: a través de la narración va describiendo el carácter y la personalidad de un amigo suyo, por medio del cual va expresando su experiencia personal a lo largo de algo más de un año. La forma elegida es la epistolar. El «argumento» llega a su «climax» con

el encuentro amoroso, en escenario italiano, con una muchacha ciega, que se confía totalmente a él. Finalmente, Oliveri —el protagonista— provoca la ruptura definitiva, cuando ella recupera la vista.

La novela de Moix no es tan sencilla como parece dar a entender esta historia más o menos frívola: hay en ella, por un lado, una inclinación muy fuerte hacia la descripción de lugares y monumentos —que el autor realiza de forma brillante—, y por otro, una preocupación ensayística que infunde a la obra, a nuestro modo de ver, su máximo valor. Este culturalismo, abordado de manera frontal en múltiples ocasiones, se acerca casi siempre a los problemas que se plantean a la última generación y en su formulación no existen precedentes. He aquí, pues, la originalidad de Terenci Moix, aparte, claro está, de la calidad de su prosa, ya subrayada más arriba. Moix juega con la paradoja —lo demuestra su presentación «al lector demasiado aficionado a creerse a los críticos—, y juega bien, aunque adolezca a veces de un cierto cosmopolitismo, de una excesiva ambición de volar muy alto. Moix es un escritor que se está formando, que trabaja con seriedad y trabaja bien: debe eludir en lo posible —si nos permite el consejo— estos dos peligros, estas temibles caídas que pueden dar al traste con la gran promesa que se encierra en su ya vasto —para su edad— trabajo literario. La preocupación por las ideas domina toda su prosa, y a veces desborda los elementos dramáticos del relato; pero tiene la virtud de prevenirnos de este, para nosotros, riesgo, en la advertencia a que hemos aludido. Bien merecido tiene, sin embargo, el Premio Josep Pla de 1968.

Mucho juego literario ha de ofrecer nos Terenci Moix. Uno está tentado a recomendarle serenidad, calma, limitación en los objetivos, un caminar más sosegado. Allí él, de todos modos, porque estamos seguros de que, de una u otra manera, ha de realizarse plenamente como escritor, más tarde o más temprano. Esta circunstancia es la que puede verse afectada por el cumplimiento de los «consejos» que acabamos, modestamente, de formularle. ■ E. G. R.

ENCUESTA A EDITORES

Por razones de cierre de nuestra edición, no pudimos incluir en el trabajo que apareció el número pasado, y titulado «¿Qué pasa con el libro español?», las colaboraciones de don Ramón Quintana y don Manuel Sanmiguel. Responden hoy a las dos preguntas:

1. ¿Qué perspectivas ofrece la industria editorial española?
2. ¿Han cambiado los gustos del público en los últimos años? Si es así, ¿en qué sentido?

GUADARRAMA

D. Manuel Sanmiguel



1. El director general de Cultura Popular, Carlos Robles Piquer, respondía recientemente a esta pregunta afirmando que nuestra industria editorial disfruta de magnífica salud. Efectivamente, así es, al menos en su faz externa. Se publica más que nunca, se venden más libros que nunca, se exportan cifras no soñadas y disfrutamos de una protección estatal amplia y generosa. Pero en su entraña tal vez no sea la perspectiva tan halagüeña. Yo creo que estamos en una auténtica inflación librera. Se publica demasiado y se traduce con exceso y, en buena parte, libros sin valor alguno. ¿Adónde nos conducirá todo esto?

Actualmente, en España, los costos del libro son similares a los de cualquier otro país europeo, mientras que carecemos de su poder adquisitivo y nuestras tiradas no llegan al 50 por ciento de la mayor parte de ellos. Nuestra válvula es Hispanoamérica. Pero esto es un sueño. Necesitamos exportar para aumentar la tirada y disminuir el precio del libro, aunque no nos percatamos que, pese a la ayuda oficial, todos los editores que carecemos de casa propia en esos países perdemos dinero en tales exportaciones. Aquí radica el riesgo más grave para la vida editorial española. Se exporta con un descuento elevadísimo y se tarda dos años o más en la cobranza aparte de los constantes impagados que existen. Todo esto coloca alguna de las ventas en un 70 por ciento o más del valor del libro, que lo único que proporciona es pérdida. ¿Piensan en esto los editores españoles?

2. Creo que han cambiado notablemente. Cada día aumentan más los lectores de libros básicos de historia, sociología y ensayo filosófico-cultural. La novela y el reportaje descienden, a mi juicio, de modo impresionante. Tal vez por un exceso de novelaría barata en el mercado. Cada día se desea más una biblioteca seria y fundamental en el propio hogar.

LIBRES DE SINERA

D. Ramón Quintana



1. Las perspectivas de las editoriales en España son considerables, pero se hallan en directa relación con la introducción de nuestros libros en los países americanos y en la comercialización y distribución en España. Sin embargo, esta perspectiva es parcial, pues aumentará el consumo de libros en España a medida que aumenten el nivel cultural del país y las posibilidades económicas de los españoles. No podemos olvidar, en este condicionado, la posibilidad de contratar autores de calidad y textos con las mínimas presiones. La apertura en el campo intelectual de esos últimos años ha facilitado, en gran parte, un cierto florecimiento editorial que cualquiera puede observar.

2. Las masas en España han iniciado un acercamiento al libro. Tal acercamiento es muy tímido y ha sido orientado y dirigido por las editoriales «fasciculares». También han surgido numerosas editoriales más minoritarias que, en conjunto, hacen variar bastante el panorama editorial con respecto al de hace sólo diez años. Sin embargo, entre los «grandes monstruos» y las pequeñas editoriales minoritarias queda el hueco de la editorial media, para la que veo un importante futuro.

Existe, y defendemos, un lector cultivado, atento a lo que sucede a su alrededor y partidario de la selección. Es en este sentido en el que cabe apuntar las preferencias del público. Interesan la novela, el ensayo, el libro de poemas, si poseen calidad. Lo que falta es ampliar estos círculos y comercializar lo que se publica y publicar menos quizá, pero mejor, más barato. El libro es demasiado caro, porque las tiradas son desesperadamente cortas.

Hay una gran diferencia entre las nuevas generaciones que compran libros y las anteriores. Por lo general, los jóvenes de hoy saben lo que quieren y cómo lo quieren. Los libros de calidad es hoy difícil que pasen inadvertidos.



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Luis Carandell, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra, Fiel, particulares y Archivo.